

individual, sino como sumergido en una atmósfera, en una esencia de presencialidad en una co-presencia, dentro de la cual presencio y soy presenciado con actitud y poderes iguales a los míos. No es que sea Yo con otros Yos a los que me llego desde fuera, sino que ellos y Yo nos presenciamos mutuamente porque estamos sumergidos en una misma yoidad copresencial, la cual no es un concepto abstracto como la equinidad del caballo o la felinidad del león, sino que es una realidad ultrafísica experimentada por todo Yo.

Pero no se crea que esa yoidad copresencial universal de lo humano, es Dios, sino la virtud o ímpetu presencial que de Dios viene, pero Dios no es ningún Yo aunque es la pre-esencia de toda persona. Esta yoidad es la co-presencia humana porque desde ella, dentro de ella, todas las personas pueden presenciar y presencian. Y con una co-presencia que está más allá de la realidad social e individual, más allá de cotaneidad y contemporaneidad, pues nos presenciamos unos a otros, en el pasado, en el futuro, y más allá del pasado y del futuro personal de cada uno. Por la copresencia el Yo experimenta más de sí, trascendiendo su propio Yo, como si mirara desde la yoidad humana, desde más allá de lo temporal, desde lo eterno. Se hace así inteligible que el Yo tenga más de una conciencia, y que persista el Yo más allá de toda conciencia suya, y se haga conciencia de lo inconsciente de este modo; lo que me es inconsciente sé que me es inconsciente, y tomo por tanto conciencia de lo que me lo es. El mundo de mis sueños me es inconsciente, pero tomo conciencia de que me lo es. También el poeta toma conciencia de lo que no sabe, que sabe, y sin embargo dice y expresa. Se ve que para llegar a ser quien soy, se abrieron rutas y posibilidades que me han constituido en conciencia de mí y de las cosas que conmigo se relacionan. Y así ha brotado mi Yo. Y ese Yo ha brotado en la temporalidad, pues esas vías o rutas se abrieron porque Alguien me sembró en eternidad y me abrí florealmente como conciencia y Yo presencial en el tiempo. Y a lo largo de la temporalidad humana quedarán sembradas mis semillas y las rutas de mi Yo en mis hijos o en los que hayan de recoger mi mensaje, que nunca se perderá, pues los otros hombres recogen mi presencia en su Yo y la multiplican con su presencia y su propia semilla.

El autor agradece el patrocinio de la American Philosophical Society, para realizar parte de las investigaciones sobre el presente artículo.

LA SIGNIFICACIÓN DEL FRAGMENTO DE ARTE MEDICA * DE LOCKE

Dr. PATRICK ROMANELL
Universidad de Oklahoma
Norman, Oklahoma, E.U.A.

JOHN LOCKE (1632-1704) HA SIDO TRADICIONALMENTE llamado en filosofía como "empirista", sin embargo, esta etiqueta no vale estrictamente en cuanto al "Padre del Empirismo Británico". Atendiendo a que si bien Locke es completamente un empirista en lo que se refiere a las fuentes de todo conocimiento humano, no es un empirista acabado en lo que toca a las pruebas de su validez. De hecho, Locke es intuicionista en lo tocante a la prueba de su propia existencia y un racionalista en lo que concierne a probar la existencia de Dios, las verdades de las matemáticas y de la ética. En otras palabras, y ciertamente irónico, Locke es un no-empirista en cuanto a la lógica de aquellas cosas que más cuentan en la vida, a saber las no-físicas.

Desde luego, es cierto que él aplica la prueba empírica de la experiencia y de la observación a las cuestiones de hecho, pero si así lo verifica, es solamente porque cree que no tenemos nada mejor para orientarnos cuando se trata de establecer la verdad de tales cuestiones. Brevemente, es posible decir que el hecho de que Locke sea un empirista, de acuerdo con la lógica de la ciencia natural, esto no lo hace automáticamente un empirista en la lógica de cualquier otra cosa.

Desgraciadamente, no poca confusión ha habido en discusiones acerca de la teoría del conocimiento de Locke, y con tristeza es necesario admitir que

* El fragmento del manuscrito de LOCKE, *De Arte Medica*, 1669, está conservado entre la documentación Shaftesbury en la Oficina del Archivo Público de Londres (p.R.O. 30/24/47/ No. 2, fols. 38-47). De las tres impresiones existentes del M.S., por conveniencia estamos usando la versión modernizada de H. R. FOX BOURNE, *The Life of John Locke*, vol. I (Londres, Henry S. King & Co., 1876), pp. 222-227. A menos que se especifique, todas las citas están tomadas de esta edición.

tal vez, es el propio Locke el responsable de este estado de cosas, aunque de Locke sea sólo en parte la culpa, como nos apresuramos a agregar. Probablemente no pueda considerarse a Locke como el más claro pensador que haya habido en el mundo, pero ciertamente que lo es mucho más que la mayoría de sus seguidores y críticos que lo han llevado más allá de lo que es en realidad.

Pero hay más aún. Nos referimos a otras notas en la teoría del conocimiento de Locke que son más características de su manera de pensar que su obvia vena empírica: en forma particular, habremos de citar las agnósticas y pragmáticas. De importancia suficiente, esas tres notas características están juntas y así permanecen firmemente en su pensamiento médico, pero en forma particular en el fragmento de uno de sus escritos iniciales, al cual el propio Locke habría de intitular *De Arte Medica 1669*. No obstante, como así lo hiciera notar un prominente médico británico hace ya tres décadas, este fragmento de Locke "On the Art of Medicine" parece no haber atraído la atención que este trabajo merecía de parte de los pensadores y escritores,¹ no sin mencionar la atención que debió haber merecido en primer lugar de parte de los estudiosos de la filosofía. Seguramente que, tanto el biógrafo Victoriano² de Locke, así como su redactor, también Victoriano³ (el primero más que el segundo), habrían de apreciar la importancia general del fragmento en sí mismo, pero no pudieron percibir —lo que resultaba difícil para aquel entonces— su verdadero alcance y significación.

Nuestro propósito en el presente trabajo, es por lo tanto, mostrar en forma sucinta a través de un examen del texto y de un breve comentario, la significación médico-filosófica de la obra *De Arte Medica* (1669), así como la relación entre este frecuentemente citado —si bien inexplorado manuscrito—, y la formación del propio pensamiento de Locke.

El manuscrito *De Arte Medica* (1669), de Locke, que consiste tan sólo de doce páginas escritas de su propio puño y letra, terminando abruptamente con el propósito de establecer una cuádruple clasificación de enfermedades, inicialmente se originó con el intento aparente de servir de introducción para una obra más grande, cuyo propósito sería "proponer algunas cosas" para el mejoramiento de la profesión médica, a través de la consideración de sus éxitos y fracasos en el pasado, su estado actual y también el de sus posibilidades futuras. Sin embargo, en realidad, la mayor parte del texto existente está dedicado a las fallas de la medicina en el pasado, a las razones por las que éstas se produjeron y a las mejoras que era necesario realizar en ese

¹ ALEXANDER GEORGE GIBSON, *The Physician's Art* (Oxford, Oxford University Press, 1933), p. 1.

² FOX BOURNE, *op. cit.*, pp. 221-222.

³ A. C. FRASER, *Locke* (Edimburgh, Blackwood, 1913), p. 36.

campo. Aunque es de sentirse el que Locke nunca haya podido dar término a su obra, no obstante esto, en lo que hemos mencionado hay lo suficiente como para garantizar mucha más atención de la que hasta ahora haya recibido de los estudiosos, especialmente en lo que toca a su filosofía.

Para principiar, Locke, en aquel remoto año de 1669, sostiene que la dificultad principal de la medicina en el pasado es el que sus "reglas de práctica", no habían sido "fundadas sobre la observación, ésta libre de prejuicios", sino sobre "fantasías", concebidas por la imaginación. Como resultado de esto, la medicina de las primeras épocas estuvo llena de sistemas médicos de un carácter puramente especulativo. El prevaecimiento de tales sistemas en el pasado —como así lo admite Locke, sin ambages— es psicológica y sociológicamente comprensible. Psicológicamente, sus "letrados" autores, ansiosos "en la búsqueda de las causas ocultas de las enfermedades" y "curiosos en imaginar la obra secreta de la naturaleza", hicieron lo que es muy "agradable a la condición del entendimiento humano, el que, no satisfecho consigo mismo con observar la obra de la naturaleza y el verificarse de las cosas, es muy inquisitivo en la búsqueda de sus causas y permanece muy inquieto hasta que en aquellas cosas de las que se cree versado, llega a formarse alguna hipótesis que pueda servir de base desde la cual establecer todos sus razonamientos". Sociológicamente, "ellos mismos se acomodaron a la moda de sus tiempos y países", los que les produjo la necesaria habilidad "disputando" lo suficiente como prerrequisito para llegar a la "fama y reputación". Siendo así el caso —concluye Locke— no constituye una sorpresa el que "su práctica no se extendía más allá de lo que sus sagrados principios les podrían permitir, según su manera de pensar", con los desastrosos resultados, que en un intento para explicar el fenómeno de la enfermedad en los términos de sus favoritas y preconcebidas hipótesis, así como sus "agudas, pero inútiles especulaciones", no solamente "confinaron e hicieron más estrecho el pensamiento del hombre", sino que, lo que es peor, desviaron sus indagaciones del verdadero y ventajoso conocimiento de las cosas. Locke despliega su temperamento pragmático cuando declara que las nociones especulativas, "aunque verdaderas", son, a pesar de todo, inútiles como una guía en la práctica, "y que cualquiera que vaya con la mirada puesta en ésta, "apuesto diez a uno que se extraviará". En otras palabras, aquellos sistemas de la medicina que empiezan con principios puramente hipotéticos de la enfermedad y que desde éstos establezcan los diagnósticos, así como las consecuencias terapéuticas, de aquí en adelante, "enriquecen el arte de hablar", pero no el de curar. Ilustrando lo anterior con dos ejemplos claves tomados de la historia de la medicina: uno antiguo (la doctrina de los cuatro humores) y el otro moderno (las nociones de Paracelso), Locke enfatiza: "esos teoremas especulativos le proporcionaron tan poca ventaja a la medicina como el alimento

al hombre, y quien cree haber llegado a ser un médico más acertado en las enfermedades, debido al estudio de la doctrina de los humores, que las nociones de la obstrucción y putrefacción le hayan podido ayudar en la cura de las fiebres, o bien, que por haberse familiarizado en el uso de sulfuro y el mercurio, pudo llegar hasta el útil descubrimiento en el sentido de que las medicinas y un régimen adecuado son tan certeras para matar el último período de algunas fiebres, como se curan en otras; como también racionalmente pudo creer que su cocinera debía su habilidad en asar y hervir, a su estudio de los elementos y que, finalmente, sus especulaciones acerca del fuego y el agua, le enseñaron que la misma ebullición del líquido que endurece el huevo también hace más blanda la gallina".

En oposición al método hipotético-deductivo de los escolásticos y de los racionalistas *a priori*, Locke sostiene con Francisco Bacon y con los empiristas que "el verdadero conocimiento se originó primeramente en el mundo por la experiencia y las operaciones racionales y que, de haberse continuado este método si los pensamientos de todos los hombres hubiesen sido empleados para sumar sus propios juicios en la observación de los otros, no solamente en los que se refiere a la cuestión médica, sino también a todas las demás artes, se hubiera obtenido una mejor condición de la que actualmente se tiene". Pero —y aquí está la diferencia crucial entre Bacon, el profeta británico de la ciencia moderna y Locke el científico agnóstico— "hombre orgulloso, no contento con ese conocimiento del que fue capaz y que le fuera útil, necesitaba penetrar en las causas escondidas de las cosas, echar abajo los principios y establecer reglas para sí mismo acerca de las obras de la naturaleza y entonces, vanamente, esperar que la naturaleza o, en verdad, Dios mismo, procediesen de acuerdo a esas leyes que sus reglas le habían prescrito, siendo así que sus estrechas y débiles facultades no podían ir más allá que la observación y recuerdo de solamente algunos efectos producidos por causas externas y visibles permitían, pero en una forma completamente fuera del alcance de su aprehensión".

Con objeto de comprender por qué la tradición ha ido por caminos errados al interpretar a Locke como empirista baconiano, permítasenos comparar el pasaje acabado de citar, tomado del fragmento en cuestión, *De Arte Medica* (1669), con su contraparte en la obra de Bacon: *Advancement of Learning* (1605). Comentando acerca de la fuente esencial de las dificultades que han plagado de errores a la profesión médica por siglos, Bacon afirma, con su acostumbrado aire de confianza, "que no es la insuficiencia o incapacidad de la mente humana, sino la alejada posición o colocación de ésta, lo que produce estas confusiones e incomprensiones; porque así como la percepción desde lejos está llena de errores, pero exacta desde cerca, así acontece en lo tocante al entendimiento. El remedio, por lo tanto, no es el tratar de dar vida

o fortalecer al órgano, sino ir lo más cerca posible del objeto. De aquí en adelante no hay duda de si los médicos aprenderán y usarán los verdaderos accesos y avenidas de la naturaleza",⁴ síguese que para cada enfermedad deberá haber la cura correspondiente. Sin embargo, ¡tal milenio médico nunca hubo de ser prometido por Locke!

Si se desea captar al mismo tiempo la diferencia básica en los puntos de vista entre el pensamiento renacentista, como el de Bacon, y el pensamiento de la restauración en el pensamiento de Locke, en la Inglaterra del siglo XVII, una comparación de sus evaluaciones acerca de las perspectivas de la medicina puede ser suficiente. Pero aun así la posición pesimista de Locke acerca de las ciencias naturales en general, y de la medicina en particular, parece extraña en cierta forma, ya que siendo él mismo miembro de la Real Sociedad de Inglaterra, hubo de moverse entre los Baconianos, algunos de entre los cuales fueron sus personales amigos, tales como Boyle y Newton, para no mencionar sino a los más famosos. Por otra parte, su énfasis de las limitaciones del entendimiento humano no es extraño por lo demás, si tenemos en mente su formación médica, para no hablar de su crecimiento en un medio puritano. Mientras que Bacon, con un cerebro de jurista, está siempre dispuesto para curiosear las causas de las cosas, Locke, con mentalidad de médico, está siempre dudando acerca de la habilidad del hombre para descubrirlas. ¿Puede, por lo tanto, causar cierta sorpresa, el que Locke hace aproximadamente tres siglos haya preguntado a aquellos que pretendían conocer las "causas ocultas" de las enfermedades por mera especulación?

A pesar de todo nuestro considerable progreso médico obtenido desde entonces, la "desconocida etiología", permanece al presente como un fenómeno no muy extraño, de acuerdo con lo que nos reporta lo clínico. Y si Locke, el médico, es más que un Tomás dudoso de la ciencia, que Boyle, el químico, y Newton, el físico, ¿no es porque la medicina como tal, esté en nuestros días confrontando cotidianamente con más incógnitas, por no decir incógnitas irresolubles, que los químicos o los físicos?

Desde el punto de vista de lo histórico, el rasgo agnóstico de Locke nos lleva a los tiempos de Sexto Empírico (Sextus Empiricus), el escéptico de los médicos antiguos, anterior y predecesor de David Hume, el escéptico de los filósofos modernos. Pero mientras que Hume fue lo suficientemente brillante para hacer el debido planteamiento de los problemas de la causalidad en cerebro propio, según parece, Locke tuvo que aprenderlo penosamente a través de la experiencia de la práctica de la medicina. De cualquier manera, es su rasgo agnóstico con fondo médico, característico de su obra *De Arte Medica* de 1669, el que llega a ser la tónica constante en la obra maestra de Locke

⁴ En *Bacon Selections*, Ed. M. T. Mc Clure (New York, Scriber's, 1928), pp. 157-58.

de 1690, *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, cuyo bosquejo inicial está fechado —lo que es muy importante hacer notar— solamente dos años después del manuscrito médico que venimos estudiando, esto es, en 1671. El que comparativamente el fragmento casi desconocido sobre *Arte de la Medicina* y el famoso *Ensayo*, participen de un fondo común de ideas, no constituirá ningún problema para los estudiosos de la filosofía de Locke.⁵

Mientras que el rasgo agnóstico, representa el aspecto negativo de la filosofía de la ciencia, de Locke (“filosofía natural”, como así la llama en el lenguaje de su tiempo), la nota pragmática puede decirse que constituye su aspecto positivo. He aquí cómo de nuevo su preparación médica le sirve como factor de control y para así mostrarlo concretamente, permítasenos observar cómo su concepción utilitaria de todo el campo de la ciencia natural, está coloreada por “ese brazo del cual concierne la salud del hombre”: la medicina.

Hablando de *De Arte Medica* acerca de que “el conocimiento de la naturaleza de los cuerpos, cuyo fin y beneficio del cual, no puede ser otro que obtener ventajas y conveniencia para la vida humana”, Locke agrega en su forma característica, que si “todas las especulaciones sobre este tema, ya sean curiosas o refinadas o bien que parezcan profundas y sólidas, si no les enseñan a hacer algo a sus seguidores o mejor, o en una más pronta y fácil manera de lo que de otro modo pudiesen, o si no les condujeran al descubrimiento de algo nuevo y de útil invención, no merece el nombre de conocimiento”.

Luego entonces, ¿por qué habla Locke de tal manera, como aferrándose en los lados tecnológicos o prácticos de la ciencia? Porque, a pesar de todo, es médico de corazón. Todos los médicos son pragmatistas en su práctica de la medicina, aun cuando no lo sean en las teorías de ésta, y Locke no constituye una excepción.

En realidad, lo que distingue a Locke como un médico filósofo, es que es un *doble* pragmatista en medicina, en la medida en que se acerca a la ciencia de la medicina con el mismo espíritu utilitario con el que practica su arte.

⁵ Un ejemplo de esto es un pasaje que resulta importante por una razón muy especial, ya que establece que el autor de *De Arte Medica* fue con toda probabilidad, el mismo LOCKE y no SYDENHAM, como así se ha pretendido últimamente (Vide KENNETH DEWHURST, THOMAS SYDENHAM *Medical History*, vol. VI, abril 1962, p. 108). Es el pasaje en *De Arte Medica* que dice que “el progreso de las artes útiles fue dejado en manos de gente común que tenía más débiles aptitudes y menos oportunidades para hacerlo, de aquí que hubiesen sido apodados con el desafortunado nombre de mecánicos. El tema del pasaje está repetido a lo más *verbatim* de “Draft B” (1671) del Ensayo (JOHN LOCKE, *An Essay Concerning Human Understanding...*, ed. B. Rand, Cambridge, Harvard University Press, 1931, p. 173) y en el Ensayo mismo, JOHN LOCKE, *An Essay Concerning Human Understanding*, ed. A. C. Fraser, Oxford, Clarendon Press, 1894, vol. II, p. 128.

El recién desaparecido médico, el doctor Henry Sigerist, puso el dedo en la doble naturaleza pragmática de la medicina, cuando sutilmente observó que “lo que cuenta en medicina son los resultados, ¿fue un tratamiento eficaz o no?... El valor de la teoría médica está determinado por los resultados prácticos que produce”.⁶ De seguro, esta es la razón por la que resulta más exacto llamar a Locke un pragmatista en medicina, más que un simple empirista. Para ilustrar la diferencia, lo que el ruibarbo significa para un médico práctico, no lo es así para un botánico como tal. Abreviando la interesante cuestión acerca de *De Arte Medica*, es que en ésta, ya sea consciente o inconscientemente, Locke extiende la prueba pragmática adecuada a la medicina al área total de la ciencia natural. Si los conocimientos científicos, tal y como se encuentran en la actualidad, apoyan esta extensión —habida cuenta aparte de lo demás— a base de lo pragmático, el hecho es que los intereses médicos de Locke hicieron tal impacto en su propio pensamiento, que no podemos comprender su posición filosófica en el *Ensayo* de 1690, sin tomar seriamente en cuenta su contexto médico original. Pues la mayor enseñanza del *Ensayo sobre el Entendimiento Humano* apareció primeramente, *in nuce*, en 1669, en *De Arte Medica*, del propio Locke.

Sucintamente establecida, la enseñanza es ésta. Desde que el intelecto humano no puede penetrar en los secretos de la naturaleza debido a sus “estrechas y débiles facultades”, la única cosa sensible para nosotros por hacer, bajo estas circunstancias, es lograr lo más posible de experiencia, como nuestra guía y concentrarla sobre “el aumento del conocimiento práctico”. Así es que el pragmatismo de Locke, el cual proviene en gran parte, aunque no del todo, de su preparación y experiencia de médico, constituye su salida del agnosticismo y lo salva de un completo escepticismo.

Como una razón de por qué Locke necesitaba ser un pragmatista médico, esto deberá ser ya ahora perfectamente claro. Hume pudo, sin duda alguna, llegar a ser un acabado escéptico en su estudio, ¿pero cómo lo pudo ser Locke al lado de la cama de un enfermo? Aparte del hecho de que el compromiso pragmático de Locke tiene los defectos de cualquier compromiso en filosofía, por lo menos tiene el mérito de dejar abierto el camino para alcanzar la verdad, por virtud de sus punzantes ataques sobre las “vacías especulaciones”.

En suma, para concluir, el conocimiento profundo de Locke acerca de las limitaciones de la mente humana y su defensa de un conocimiento útil

⁶ HENRY E. SIGERIST, *A History of Medicine*, vol. II (New York Oxford University Press, 1961), p. 7. Digamos de paso que no es accidentalmente que el hombre que formuló la filosofía conocida técnicamente como “pragmatista” fuese él un médico también, Williams James, el Locke de América.

que vaya con ésta, son esencialmente el producto de una mentalidad médica. Consecuentemente hay una muy cercana relación entre Locke, el médico de mente pragmática, y Locke el pragmático de mente filosófica. La evidencia de que la filosofía general de Locke es en el fondo una *philosophia medici*, puede ser encontrada en varios manuscritos de él, tanto en los publicados como en los no publicados, pero tal vez ninguno de éstos sirva para tal propósito como el fragmento de 1669, *De Arte Medica*.

Traducción del LIC. ALBERTO GARCÍA GÓMEZ

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO DEL HOMBRE POR EL MITO

ISMAEL DIEGO PÉREZ

EL MITO Y LA VERDAD

EL MITO Y LA VERDAD SON las dos caras del conocimiento y el anverso y reverso de la realidad humana. El mito es la desfiguración de la realidad, pero para que se dé el mito se ha de dar la realidad. Aunque podemos imaginar cosas irreales, son siempre en referencia con algo que es real. Don Quijote no se ha dado nunca ni en la Mancha Castellana, ni en ningún lugar de la tierra. Don Quijote es un mito, pero un mito encarnado en la realidad del hombre universal.

Los hombres vivimos de verdades intelectuales y de verdades existenciales, pero también vivimos de los mitos. La fabulación es tan necesaria a nuestra existencia como la busca y la definición de la verdad.

¿Qué sería del hombre y de los pueblos si no encontraran junto a la verdad histórica y científica, la verdad fabulada o mágica? Grecia fue grande por Aristóteles, por Praxiteles o por Pericles, pero no fue menos grande por Homero, por Platón o por los viejos órficos: todavía los héroes y los mitos homéricos son tomados como paradigmas morales en la literatura de todos los pueblos o en la acción ejemplar de los hombres. O los relatos platónicos, donde se define la verdad con la parábola poética, siguen actuales en el sentimiento de los filósofos.

La verdad en filosofía es la adecuación entre el pensamiento y la realidad; en física es la adecuación entre la ley formulada por el hombre y el fenómeno observado en la naturaleza. Y en matemáticas es la consecuencia correcta en las conclusiones de los datos presupuestos.

Es verdadero todo lo que satisface a la mente de la generalidad de los hombres. Sin verdades positivas aceptadas, el hombre no podría vivir, aunque sean